

# HISTORIAS QUE NO PEDIMOS

— Escritura testimonial —

Historias que no pedimos / Escritura testimonial



Quiero expresar mi profundo agradecimiento a las personas que, a título personal, asistieron a las sesiones de este taller y aceptaron abrir el delicado y doloroso cofre de su experiencia con el afán de que la memoria no se desvanezca y la impunidad no sea la medida de nuestra vida cotidiana.

*Julián Herbert*

Los cinco testimonios que escuché, y luego leí, atraviesan la experiencia del familiar del desaparecido. En todos los casos hay un antes y un después, un crack, una fractura, un día bisagra.

La idea es que los potenciales lectores de estos textos escuchen con los ojos a Martha, Gabriela, Norma, Juanita y Yadira. Confío en que sean estremecidos y, si no la tienen, adquieran conciencia de la importancia que implica la tragedia de la desaparición.

*Jaime Muñoz*

# **Historias que no pedimos**

—Escritura testimonial—

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Secretaría de Cultura de Coahuila  
Juárez 319, Zona Centro  
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
- © Comisión de Búsqueda

Edición: Alejandro Beltrán  
Diseño editorial: [www.amonite.com.mx](http://www.amonite.com.mx)  
ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza  
Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

**Allende**

**Piedras Negras**



## Historias que no pedimos: un retablo parcial en torno a eventos de desaparición forzada en Coahuila

En septiembre y octubre de 2019 se realizó, bajo los auspicios de la Secretaría de Cultura de Coahuila y con el apoyo de la asociación civil Familias Unidas En La Búsqueda y Localización De Personas Desaparecidas, un taller de escritura testimonial con familiares de personas desaparecidas en Piedras Negras y Allende, municipios de la Región Norte del estado. El objetivo era visibilizar un grave problema social del México contemporáneo y sensibilizar al resto de la población al respecto. Para ello, se proyectó la capacitación de los asistentes en materia de rudimentos de redacción y la confección de una serie de textos narrativos que, en la voz de las víctimas sobrevivientes, detallaran los pormenores del evento traumático acontecido a su familiar.

Muy pronto quedó claro para quienes ejercíamos como facilitadores del proyecto —César Gaytán, Eli Vázquez Sifuentes, Elizabeth Alfaro y quien esto escribe— que el enfoque originalmente planeado resultaría insuficiente —cuando no superficial— para colaborar con

las personas que afrontan día a día este terrible fenómeno social. Por una parte, nos encontramos con grupos de trabajo que estaban más interesados en la actualización oral de su testimonio que en el proceso de escritura. Por otra, y al consultar con los familiares asistentes acerca de sus necesidades de expresión y de los vehículos de comunicación comunitaria que consideraban más pertinentes, se llegó a la conclusión de que el teatro, la fotografía, el dibujo y la presentación de objetos personales a modo de testimonio material les parecían más cercanas, efectivas y contundentes que la simple escritura de sus testimonios, un tipo de trabajo que, por otra parte, habían ya realizado en otros proyectos.

Siguiendo un procedimiento que nos pareció más adecuado, y respetuoso para las dinámicas culturales comunitarias, decidimos modificar nuestro proyecto a lo que los dos grupos de Familias Unidas con los que trabajamos (uno en Allende y otro en Piedras Negras) quisieron exponer en calidad de escritura testimonial. El resultado es un conjunto de breves escritos, sí, pero también una serie de fotografías, registros en video, dibujos intervenidos con texto y objetos personales —desde prendas de vestir hasta un tráiler eléctrico a control remoto— que per-

filan no sólo el evento traumático que lesionó la vida de estas familias, sino, ante todo, el carácter íntimo de la tragedia vivida por cientos de familias coahuilenses: desgracias que, en distintos grados, nos atañen a todos.

Una parte del proceso llevado a cabo resultó de imposible registro: la comunicación oral, realizada en grupos cerrados y con la mayor secrecía, donde las personas asistentes pudieron expresarse con absoluta libertad acerca de su sentir frente a los hechos violentos que han afectado para siempre sus vidas y las de sus familiares. Yo personalmente coordiné esa serie de reuniones. Doy cuenta de la implementación de esta técnica de actualización verbal por ser una actividad de interés público, pero me reservo el contenido de esas conversaciones porque así me lo ha indicado la comunidad que participó en ellas.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a las personas que, a título personal, asistieron a las sesiones de este taller y aceptaron abrir el delicado y doloroso cofre de su experiencia con el afán de que la memoria no se desvanezca y la impunidad no sea la medida de nuestra vida cotidiana.

**Julián Herbert**

*Saltillo, diciembre de 2019*



Entre las cosas de mi hermano, está el suéter guindo, el cual usaba mucho. Yo lo tomé para sentir que lo abrazo y que está con nosotros. Lo recuerdo usándolo. No es como los demás tipos de suéter: ese es su favorito y es con el que más lo recuerdo. Es el suéter que más cuido, más que cualquier otro, pues me hace sentir cerca de mi hermano, y siento que me abraza cada que lo uso. Siempre hay algo que me hace recordarlo: ya sea el suéter o algo que le gusta a él.

**Juan Vega Rodríguez**

*7 de septiembre*

*2019*

Para mí, ver la playera de Jaime es recordar cuando era niño y me pedía permiso para ir a entrenar, porque para él, decía, su entrenamiento era muy importante, y pues yo aprovechaba y le decía: “Límpame el patio y vas”, y lo hacía con gusto porque le gustaba jugar.

Un día me dijo: “Cuando voy a entrenar, siento que ya soy grande porque es cuando tú no vas a cuidarme”. Llegó a ser campeón de goleo. Un día fui y lo vi jugar. Estaba contento porque iban ganando. Al final me dijo: “Si fuera la playera del América hubiera estado más contento”. Él jugó para el Necaxa de Nuevo Laredo, por eso traje esta playera, porque se la ponía seguido. Hay veces que la agarro y casi percibo su olor y la guardo por si un día regresa, para que siga con sus sueños de ser futbolista profesional, aparte la guardo por si alguno de sus niños le gusta el juego, para dársela y decirle que esta playera es de su papá: Jaime Eduardo Vega Rodríguez, desaparecido el 24 de julio de 2017, en Nuevo Laredo, Tamaulipas.

**San Juana Rodríguez Agüero**

*7 de septiembre*

*2019*

## Tráiler de Rodolfo Sánchez Robles

Este tráiler es de un cumpleaños, regalo de sus hijos Jaime Rodolfo, Yadira Yesenia y Gabriela. Su cumpleaños es el 8 de diciembre. Lo recibió con mucho gusto y se puso a jugar con él como un niño chiquito. Anduvo por toda la colonia porque el tráiler es de control. Para comprarlo, mis hijos pusieron cada quien su parte de dinero. Bueno, yo también aporté algo. Ahora los nietos juegan con el tráiler. Ahora que no está él, para nosotros, para mis hijos, mis nietos y para mí, tiene mucho significado porque su papá fue trailerero y este tráiler tiene con nosotros veinte años. Ahora su hijo, Jaime Rodolfo, es trailerero.

**Yolanda Moreno Castillo**

*7 de septiembre*

*2019*

Mi esposo, Víctor Morales González. Tengo los recuerdos del día de su desaparición más presentes que nunca porque yo no me encontraba aquí, en Piedras Negras, me encontraba en Múzquiz, Coahuila, el día 11 de julio de 2009. Él fue a dejarme a los autobuses para que me trasladara a Múzquiz a ver a mi hermano que había llegado de Monterrey. El día 12, él se va a misa, y a las 6:00 pm, saliendo de misa, es cuando ocurre la desaparición.

Él es un hombre educadísimo, respetuoso, con buenos fundamentos familiares, por eso sus recuerdos son todo para nuestra familia, por su cariño, su amor a su madre, a sus hijos, pero, sobre todo, su responsabilidad de servir, ya que es un oficial de policía en funciones. En su descanso, le gusta convivir con la familia y verlos felices, aunque a veces no se contara con el presupuesto para las necesidades primordiales del hogar. Él buscaba la manera de trabajar para solventar los gastos familiares. Toda la familia tenemos los mejores recuerdos, igual que sus compañeros, ya que así lo han expresado.

**Marta Patricia Casillas Castillo**

*7 de septiembre*

*2019*

## Mi prenda favorita

Esta prenda de mi hijo Aarón tiene un gran significado para mí porque siempre fue su deseo pertenecer a un equipo de fútbol americano, y se le cumplió.

En el año 1998 nos fuimos a vivir a Estados Unidos y los inscribimos en una escuela. Desde entonces empezó a jugar ese deporte. Así hasta que llegó a la adolescencia y entró a la high school. Fue cuando le compramos esta chaqueta, para que la usara cuando jugara en invierno. Él estaba muy emocionado porque traía su nombre, apellido y nombre de su escuela, y más porque ya estaba a punto de graduarse.

A mí, en especial, como su madre, me trae hermosos recuerdos porque yo sabía y veía la emoción que él sentía cuando la traía puesta y lo que amaba este deporte. Pero ahora, en este tiempo, esa prenda está guardada en un oscuro y triste clóset de mi casa, en espera de que un día su dueño regrese, la saque y la vuelva a usar, aunque sea sólo para recordar viejos momentos (2005). Y ahora su hijo, desde niño, le gusta jugar este deporte.

Con amor, tu madre y familia que tanto te recuerdan, que algún día regreses porque seguimos en tu búsqueda, porque nos haces mucha falta. Me dueles tanto, mi hijo amado. Tu madre siempre te recordará.

**Maricela Rodríguez Castillo**

*7 de septiembre*

*2019*

## La silla

Han pasado años y aún nos acompaña.

Es maravilloso que nuestros hijos la conserven, que la vean, que te recuerden. Siempre les he dicho que es tu silla. Recuerdo cuando fuimos a comprarla. No conservo todas las piezas en su totalidad, y aun así decido tenerla. Tantos días te vi trabajar en ella, tantos días te observé entusiasmado por nuestros proyectos, tantas cosas ejecutaste en ella, y otras tantas planeaste.

Ahora los niños crecen. Han dejado de pelar por ella. La han alejado de la mesa, sólo la mantienen a la vista, sabiendo que es parte de tu vida y de la de ellos. Ahora ya no existe aquella oficina ni nuestro taller. Ahora ya no estás tú, pero es grato tener algo de ti. Algunas veces imaginé que, desde lejos, sentado, nos observabas. Creo que sólo mi necesidad recreaba esa idea. Ahora estoy consciente que la silla está vacía, que ya no estás.

**Rosy Zamarripa Castillo**

*7 de septiembre*

*2019*

10 de julio de 2013

Mi hijo, Víctor Manuel Guajardo Rivas, es una persona sumamente humana con todo mundo (personas), de muy buen corazón, diría yo. Si le solicitaban ayuda, sobre todo por salud y alimentación para los niños, no dudaba ni tantito en apoyarlos desinteresadamente. Es muy fiel devoto de San Judas Tadeo. A él siempre le suplicaba para que abogara por él ante nuestro Padre Santo para que lo protegiera de todos los peligros que pudieran pasarle a su familia y a él. No salía nunca de su casa sin hacer esta petición. Siempre. Nunca le faltaba su veladora, y ahora que mi hijo no está, yo les pido que lo ayuden a regresar a su casa, con su familia, y les ruego que si mi hijo está vivo o muerto, que me ayuden a encontrarlo. Pero ha pasado mucho tiempo, ya seis años, y no tengo respuesta. No me queda más que seguir teniendo fe y esperar hasta encontrarlo.

Mi fe nunca la perderé. Mi Padre Santo tiene su tiempo, que no es el mío. Que se haga su voluntad.

**María H. Rivas Rodríguez**

# Desaparecido

**Rolando Javier Morales Rodríguez**

**22 de julio de 2010**

22 de agosto de 2015. Mi mamá se levantó temprano, a las 8:00 am. Era sábado. Nos hizo de almorzar a mis dos hermanos y a mí. Ya en la mesa, todos reunidos, nos comentó: “Hijos, buenos días. Hoy es día del bombero, ¿les gustaría que hiciéramos algo para recordar a su papá?” Nosotros, con emoción, gritamos que sí.

En ese momento, mi hermano comentó que había una camisa del trabajo de mi papá, que la buscáramos y la pusiéramos en una silla.

Fuimos a casa de mi abuela, la mamá de papá, a pedírsela. Nos dijo que sí, que ella también iría a la casa a celebrar con nosotros. Buscamos la camisa en el armario, pero mi abuela siempre tiene muchas cajas con ropa. Fue una eternidad buscarla en seis cajas. Para nuestra sorpresa, no estaba. Todos nos asustamos. Ya habíamos perdido algo de papá (como objeto para recordarlo). Duramos como cuatro horas, hasta que mi hermano buscó en otro ropero y ahí estaba colgada, con poca tierra, pero nos alegró que estuviera.

Así pudimos celebrar el día del bombero en casa, reunidos sólo con un objeto de él. Hubo llantos, risas y grandes momentos de escucha. Gracias a él, ese día todos nos reunimos.

**Juan Humberto Morales Ramírez**

*7 de septiembre*

*2019*

## Laura Patricia Martínez Coronel Desapareció el 16 de febrero de 2010

Yo hablaré de mi relación con mi hija. Ella es alegre y muy risueña. Le gusta mucho la música y siempre la recordamos en las reuniones familiares porque en ese momento estaba de moda el reggaetón, y ella bailaba y enseñaba a las niñas más chicas a bailar. Siempre era amable con todos. Era la que nos hacía el día. Recuerdo que estaba en la primaria y le decíamos: “Ve a dormir ya, si no te vamos a echar agua en la cara para que te despiertes”. Ella decía: “Sí, pero que sea de limón” y se reía y a todos nos daba risa. Cuando aprendió a andar en patines, recuerdo que traía todas raspadas las rodillas. Mi esposo le dijo: “Mira cuántas veces te has caído”, y ella contestó: “Como cien”, y eso nos causaba mucha risa. Ella es muy ocurrente. Tantas cosas bonitas que pasamos.

**Claudia Patricia Coronel Martínez**

*7 de septiembre*

*2019*

Mi experiencia ante la autoridad, ya sea federal, estatal y municipal, no ha sido muy buena que digamos, porque en mi caso tuvieron que pasar tres años para poder exigir justicia, denunciar o hablar a cerca de mi caso de desaparición de mi hijo en el 2011. Aunque hasta ahorita ni en justicia ni en búsqueda hay avances, aun así, después de todos estos años, aquí seguimos sin tirar la toalla, esperando una respuesta en hacer valer nuestros derechos de verdad, justicia y no repetición de tantas atrocidades que se cometieron, y que ninguna autoridad hizo nada al respecto. Lo permitieron.

**Maricela Rodríguez Castillo**

*13 de septiembre*

*2019*

## Relación con la autoridad

Ya han pasado ocho años de la desaparición de mi esposo. La autoridad del pueblo se involucró en la desaparición. Son cosas que indagamos porque nos quitan a las personas que uno ama. En mi caso, no he recibido ninguna respuesta sobre el caso de mi esposo. El gobierno en esta época no hace nada, nos tiene en abandono: no hay respuesta, no hay noticias. Queremos justicia, cosa que nosotros queremos hacer por nuestra propia mano, porque la autoridad no nos apoya. Se supone que están para defendernos, no para robarnos a nuestros familiares, ni menos que se involucren con la delincuencia. Dice un dicho de la abuela: “Con dinero baila el perro”, y estas autoridades sí lo toman en cuenta.

Queremos justicia. Queremos respuestas del gobierno. ¿Dónde está el padre de mis hijos?, ¿dónde está?, ¿dónde lo encuentro? Así de mucho tenemos que pedir, ¿pero a quién? Si la autoridad no escucha, no nos toman en cuenta. Ya han pasado ocho años, y apenas me estoy enterando de que el hombre que me arrebató a mi esposo está detenido. Quiero justicia. Quiero respuestas. Autoridades, gobierno, tomen cartas en el asunto. Ya estamos cansadas de que no se

nos escuche. Lo que deberíamos hacer para que nos escuche, lo que deberíamos hacer es justicia con nuestras propias manos. Ellos saben quiénes participan y no hacen nada. Ya basta.

**Mónica Zamora Enríquez**

*13 de septiembre*

*2014*

Siendo parte de esta misma humanidad, a unos les toca estar al frente y a otros nos toca señalar, observar a quienes están allá, sobre todo cuando han violado nuestra calma, cuando se han encargado de arrancarnos una vida...

Perteneciendo a una sociedad llena de arbitrariedades, llega el momento que sólo nos queda estar en constante lucha. Esto no se planea. No se elige. Se me dio una historia que no pedí.

¿Qué nos diferencia?, ¿quién les otorgó el derecho? Ahora la historia, al menos la vivida para mí, los convierte en responsables. Son las autoridades las que un día no escucharon, no actuaron, admitieron y hasta creo que fueron partícipes de todo este daño que nos han provocado. Constantemente no confiamos en ella.

Ahora, desde una conciencia renovadora, avanzamos con la única convicción de no otorgarles más poder en nuestra historia.

**Rosy Zamarripa Castillo**

*13 de septiembre*

*2019*

## Relación hacia el tema de desaparecidos

La necesidad de búsqueda hacia mi hijo me ha hecho sentir tanto dolor, y continúo con la esperanza de encontrarlo, o saber algo de él. Al principio , acudí con diferentes autoridades, con denuncias por desaparición, y hasta hoy no sé con quién hablé, muchas cosas no entendí, pero pude darme cuenta que más que búsqueda en información, era investigación por autoridades, que venían a cada cita que nos hacían. Por fin, después de tantas citas, recibimos la ayuda que buscábamos. En mi caso, esos temores de buscar y no encontrar nada ha sido un dilema muy grande porque ahora empezamos a ver el camino que nos lleva a encontrar paz y esperando encontrar a nuestros desaparecidos y, sobre todo, comprender los esfuerzos que las autoridades están haciendo por nosotros y nuestras familias, pues es de tanta ayuda emocional, psicológica y económica todo lo que podemos ver con estas nuevas autoridades porque nos explican dado su profesionalismo y apoyo. Muchas gracias.

**Ma. Félix Melchor Melchor**

*13 de septiembre*

*2019*

Ayer hace dos meses que desaparecieron a mi esposo y a la fecha no he tenido ninguna respuesta por parte de las autoridades. Les he proporcionado todos los datos de él y no han hecho nada. Me da mucho coraje. A veces tengo ganas de salir a buscarlo y no descansar hasta encontrarlo. No sé qué más hacer. Seguiré en la lucha hasta tener una respuesta de qué fue lo que realmente pasó. Necesito tener a mi pareja conmigo. Los días se van tan rápido. Su familia ya no quiere que lo busque. Tienen miedo de que les pase algo. Sólo le pido a Dios que me lo cuide y lo proteja de todo mal donde quiera que esté, porque mi vida no es igual. Seguiré en la lucha para que ya no haya más casos como estos, de desaparecidos, porque es bien triste, y que las autoridades también luchen por nuestras causas, todos queremos lo mejor para nuestros futuros hijos, que también la ciudadanía se una con nosotras, que se vea que no es en vano lo que se hace. Sólo pido que si se lo llevan, así como se fue, tenga que regresar a su hogar, que lo estaré esperando, no importa cuánto tiempo tenga que esperar. Lo encontraré aunque sea lo último que haga en esta vida.

**Camerina Mariano Juan**

*13 de septiembre*

*2019*

## Mi percepción de la sociedad o de las autoridades

En el momento que fui a hacer la denuncia, en el año 2011, que fue cuando desaparecieron a mis hijos, la autoridad que me atendió, me dijo: “No puedo hacer o tomarle una denuncia, sólo voy a realizar un acta circunstancial”. Al siguiente año, y tres años después, me atendieron del ministerio público y demás autoridades de una manera muy diferente, proporcionando el apoyo que necesitaba, como fue el proceso de documento-declaración de ausencia que se tramitó en tiempo y forma, favorable, aunque no tuvo, ni obtuve ni he obtenido hasta la fecha, ningún beneficio como es seguro social para mis dos nietos víctimas indirectas, así como el sueldo del salario correspondiente a mi hijo, que trabajaba en la CFE. Pienso que si se tiene algún proyecto para reformar la ley de desaparecidos, se haga de manera rápida y permanente.

**Juany Escobedo**

*13 de septiembre*

*2019*

A nueve años de la desaparición de mi hijo, la respuesta de las autoridades ha sido nula, y no es justo que hasta la fecha haya tantas desapariciones y no haya respuesta absoluta. “¿Por qué?” Es la pregunta que me hago a cada instante. Todas las autoridades tienen un interés en que no se aclare nada. Es mi opinión de todo esto. Victorio Romero, siempre estaré buscando, aunque a ustedes no les importe nada.

**María Victoria Romero Juárez**

*13 de septiembre*

*2019*

Mi experiencia con las autoridades de los tres niveles de gobierno en Piedras Negras, Coahuila, a raíz de la desaparición de mi hijo, Víctor Manuel Guajardo Rivas, quien fue desaparecido el día 10 de julio de 2013 por autoridades del estado en ese entonces llamado GATES ÉLITE:

**I.-** Son insensibles. No tienen respeto ni voluntad para cumplir con su obligación de proteger a la ciudadanía. Amedrentan para que no levanten las denuncias. Dejan esperando a propósito a los familiares para que desistan de levantar denuncia alguna. Trabajan y ya no regresan porque en el trabajo no les dan permiso, además les afecta en su economía.

**II.-** No elaboran los oficios de colaboración con las autoridades ni cuentan con medidas en casetas de peaje y centrales de autobuses en su momento.

**III.-** No realizan operativos de búsqueda en su momento, no tienen voluntad, además que no hay suficientes investigadores, presupuesto para viáticos, gasolina ni vehículos.

- IV.-** Las autoridades federales no apoyan cuando vas a solicitarles apoyo para búsqueda, aunque se los pidas por escrito.
- V.-** Igual la PGR no apoya, aunque se lo soliciten.

**María H. Rivas Rodríguez**

*13 de septiembre*

*2019*

Las autoridades no apoyan en nada a las personas que tenemos personas desaparecidas. Nos traen con puras mentiras. No se dan cuenta que son nuestra única esperanza de poder localizar a nuestros desaparecidos. Falta mucha conciencia en la gente. En general, se burlan de los niños con papás desaparecidos y te dicen: “Por algo se los llevaron”. Ojalá nunca les pase lo que nos ha tocado vivir a nosotros, porque es un duelo que no se termina. En lo personal, no confío en las autoridades. Te dan miedo. En vez de que te sientas protegido, te dan miedo.

*13 de septiembre  
2019*

## En recuerdo de mi amado hijo ausente y su entorno de vida

Éramos tan felices en mi pequeño pueblo, pero muy tranquilo, lleno de paz, el ir y venir de las personas, esos jardines y pajarillos que cantaban tan lindo. De pronto se detiene todo y se oscurece todo. Nuestras vidas y las de ellos tambalearon. Nos derrumbaron. Ahora las calles están solas. Alguien nos hace falta. Siempre que paso y veo la banca de la plaza donde estuvo por última vez, está triste sin él ante mis ojos. Ahí quisiera morir. Aunque mi familia y las personas que nos conocen se muestren indiferentes por mi dolor, salgo a respirar aire, aire que también un día él respiró, y revivo el ambiente de él. Ir y venir de día y de noche. A veces hablo sola y repito cuando él me decía: “Ya vine, madre, ¿está dormida? ¡Ábrame la puerta!” Qué hermosos recuerdos, pero así debo continuar mi vida, mirando al cielo, la luna, las estrellas y creyendo que él me ve desde allá.

**Ma. Félix Melchor Melchor**

*14 de septiembre*

*2019*

En 2010, Saltillo ya era bastante grande. Estaba en constante renovación. Nunca imaginé vivir entre tanto bullicio, ya sin ti... Transportarme después de no saber de ti se volvió tan complicado.

En varias ocasiones caminaba y caminaba con nuestros hijos para regresar a casa, o para regresar de la escuela de nuestro hijo. Llegó un momento en que no teníamos dinero ni para el transporte. Fue terrible encontrarnos en un lugar tan grande, tan desprotegidos y tan llenos de soledad. La gente poco a poco se retiró de nosotros.

Vivimos infinitos fines de semana solos, sorteando el alimento de cada día. Sabía que si tú estuvieras presente, eso no hubiera ocurrido. Me desgasté tanto, me perdí, no supe cuándo dejé de ser yo.

En un momento no supe si tomé la mejor decisión o no: decidí dejar Saltillo. Iniciamos un 1° de enero de 2017 en otro lugar. Tomé a mis hijos y ahora estamos en un pequeño lugar. ¿Recuerdas Allende?, pues acá estamos. Tanto se dijo y tanto se vivió en este lugar, pero ahora todo está en calma, hemos estado tranquilos, ahora tenemos distancias cortas, todo está cerca: mi trabajo, la escuela de los niños. La gente allá y acá sigue ausente, siguen estigmatizándonos,

siguen intolerándonos, ajenos al dolor, a nuestra circunstancia... No son partícipes de nuestra lucha. No comprenden que no decidimos vivir esta historia. Hemos aprendido a vivir con las pésimas miradas y los murmullos.

Ahora estamos felices los tres, comiendo juntos, terminando los días con la seguridad que esto es lo mejor por ahora.

**Rosy Zamarripa Castillo**

*14 de septiembre*

*2019*

## Mi experiencia ante la sociedad o mi comunidad

Como cualquier ciudadano, yo y mi familia llevábamos una vida normal. Después de los hechos acontecidos por la desaparición de mi hijo, se dio un giro de 360 grados en nuestras vidas, empezando por cambiar bruscamente de lugar de residencia y dejando todo atrás: nuestro hogar, familia, trabajo...

La comunidad en sí nos ve con otros ojos, o sea, nos apunta, estigmatiza, como diciendo: “La familia del desaparecido”. Y aún, hasta la fecha, seguiremos lidiando con eso.

Nuestras vidas cambiaron por completo y no han vuelto a ser como antes de los acontecimientos, y no lo serán, porque aún sigo buscando a mi hijo Aarón, que tanta falta me hace. Siento que me falta un pedazo de mi corazón.

**Maricela Rodríguez Castillo**

*14 de septiembre*

*2019*

**Torreón**



## Sobre el dolor sin orillas

No sin razón, algunos maestros afirman que el aprendizaje suele darse en sentido contrario, es decir, del alumno a quien enseña. Más allá de que esto es frecuentemente cierto, hay casos en los que el aserto se torna incontestable, como recién me acaba de ocurrir en el taller de escritura testimonial en el que, se supone, yo era el instructor, “el maestro”, y cinco mujeres, todas ellas familiares de personas desaparecidas, las participantes, “las alumnas”. La verdad es que dialogar con ellas, mostrarles la importancia del testimonio escrito como documento con valor público fue para mí aleccionador, una experiencia de docencia que trascendió a ser humana, de vida.

Nuestro taller de testimonio trabajó viernes y sábados durante los meses de septiembre y octubre de 2019 en un aula de la Secretaría de Cultura de Coahuila Región Laguna. Al principio se inscribieron ocho participantes, pero al poco tiempo de comenzar —no sin que yo lo lamentara— tres dejaron de asistir, pues debieron atender otros compromisos. A lo largo de esta experiencia traté de mostrarles un panorama general de los medios de

comunicación y sus agentes, quienes escriben. Les comenté que la palabra no es, o no debe ser, patrimonio exclusivo de quienes se dedican al periodismo y la literatura, sino de todo aquel que desee compartir una experiencia, cualquiera que ésta sea.

En el caso de los familiares de personas desaparecidas, el uso de la palabra es fundamental. Además de buscar medios de expresión —a reporteros y a escritores, por ejemplo— para compartir su experiencia, el camino del testimonio personal se abre como posibilidad de comunicación directa, sin intermediarios. El valor de este género radica precisamente en su capacidad para servir como difusor de realidades generalmente omitidas por los grandes medios, de vivencias padecidas en los planos personal, familiar o comunitario despojados de poder. El testimonio se coloca así en los pliegues de la comunicación dominante y deja ver algo, lo que sea, desde abajo, desde la vida a ras de suelo.

Las compañeras escucharon atentas todas las exposiciones, digamos, informativas y “teóricas” sobre el tema, y luego pasamos a la etapa en la que escribirían sus testimonios. Traté de desactivar su miedo a la forma o al “estilo”, y les

pedí que escribieran como hablaban, sin preocuparse de algo más que no fuera expresar lo que vivieron y siguen viviendo. Para avanzar con más seguridad, les pedí que primero contaran su experiencia en grupo, y fue allí donde mi circunstancia de “instructor” se reveló menor, casi innecesaria, pues luego de oír sus historias, ¿qué podía enseñarles yo?

Por desgarradores, sus relatos habitaban — habitan — la orilla de la infelicidad, muy lejos de lo que cualquiera de nosotros, quienes venturosamente no hemos padecido algo así, suponemos que es la tristeza. Más allá, mucho más allá del dolor, las participantes de este taller dieron vuelta a los roles y se convirtieron en instructoras del instructor, en hermosos ejemplos de vida, porque además de contar lo que contaban, lo hacían con entereza, con una voluntad de seguir adelante que yo jamás había visto de cerca.

Los cinco testimonios que escuché, y luego leí, atraviesan la experiencia del familiar del desaparecido. En todos los casos hay un antes y un después, un crack, una fractura, un día bisagra. La idea es que los potenciales lectores de estos textos escuchen con los ojos a Martha, Gabriela, Norma, Juanita y Yadira. Confío en que sean es-

tremecidos y, si no la tienen, adquieran conciencia de la importancia que implica la tragedia de la desaparición.

He aquí los testimonios.

**Jaime Muñoz Vargas**

*Comarca Lagunera, diciembre y 2019*

## **Testimonio de Martha Alicia Sinecio Arellano**

Nací en Torreón, Coahuila, en 1960. Soy la mayor de ocho hermanos y única mujer. Provengo de una familia humilde, con muchas carencias, pero en lo que recuerdo: muy feliz. Vivíamos de casa en casa, por no tener una propia. Recuerdo a mi papá, muy trabajador, le gustaba cantar, tocaba la guitarra. Vivimos en el Cerro de la Cruz, ahí compraron un terreno. Mi mamá sufrió mucho, no le gustaba, y nos regresamos a la colonia Moderna, a casa de mi abuela materna, hasta que compraron un terreno en la colonia Magdalenas. Cuando llegamos ahí, yo tenía nueve años. Como la escuelita sólo tenía hasta segundo año, y yo había pasado a tercero, tuve que irme a la colonia Bocanegra, para lo que tenía que caminar mucho, y como mis padres no pudieron seguir pagando la cuota de recuperación, tuve que volver a la colonia Moderna a seguir con mi primaria. Sufrí mucho lejos de mi familia, terminé mi primaria en Magdalenas. Ya no quise estudiar, preferí trabajar y así lo hice hasta que me casé y me embaracé.

Tengo tres hijos: dos mujeres y un hombre. Duré casada dieciocho años. Mi esposo se vio involucrado con drogas, así fue como empezó el sufrimiento de mi familia: tuvimos carencias en

todos los sentidos, ya que cayó en la cárcel, estuvo preso un año. Doy gracias a Dios por tener a mi madre, ya que ella me ayudó a poner un negocio, y gracias a eso sobrevivimos. Salió mi marido de la cárcel y durante cuatro años vivimos bien, pero volvió a recaer, y no me quedó más que dejarlo, y también el negocio.

Regresé con él después de un año. Seguimos juntos cuatro años más, pero tuve que trabajar ya que él no me respondía. Mis padres propusieron que me fuera a vivir con ellos, ya que mi papá se encontraba enfermo y veían que yo dejaba mucho tiempo solos a mis hijos. Así lo hicimos. Fue tiempo de bonanza: tenía dos negocios, mis tres hijos me ayudaban. Desafortunadamente enfermé y ya no pude hacerme cargo de los dos negocios, me dediqué a uno solo. En ese tiempo mi vida dio giros inesperados: me separé definitivamente de mi marido, mi papá falleció, mi hija mayor se embarazó y dejó su carrera, mi segunda hija también se casó, y lo triste es que sólo tenía dieciséis años. Caí en depresión, y con mi enfermedad, de ciento quince kilos, bajé sesenta. Después de un año me recuperé, y después empecé a hacer nuevas amistades. Mis hijos eran muy fiesteros, siempre había muchachos y muchachas en la casa, salíamos a

comer o a cenar muy seguido. Fue un tiempo muy relajado, teníamos fiestas muy seguido y no faltaban los cumpleaños de alguien de la familia.

Es muy duro quedarse sola y con tres hijos, y hacerme cargo de mis padres. Gracias a Dios salimos adelante. Pero me faltaba lo peor: el día 3 de abril de 2010, sábado, día común de trabajo, no tuve ganas de salir. Como a las nueve de la noche, mi hijo me dice: “Señora, tengo hambre, ¿me da para unos tacos?” Le dije que sí, pero que ya se fuera a la casa porque había estado tomando toda la tarde. Me contestó: “¿No quieres tacos para cenar juntos?”, le dije que no tenía hambre, y dijo: “Bueno, le ayudo a cerrar”. Le dije que no, que se fuera a comprar la cena. “Ya ves que se tardan para despachar”. Se fue y cerré la tienda. Ahora pienso en que si le hubiera dicho que sí quería cenar, no se hubiera ido. Pero el hubiera no existe. Ya en la casa, como a las diez de la noche, escuché su carro, y apenas me levanté, oí que arrancó. Le marqué al celular pero no contestó. Iban a dar las doce de la noche, aún no me dormía cuando mi hija entró corriendo y gritó: “¡Mamá, mamá: levántate rápido, se llevaron a mi hermano!” En ese momento no reaccioné, sólo me quedé sentada, mi hija volvió a gritar ya histérica: “¡Mamá, por amor de Dios, levántate!, ¿qué no me escuchas?” Hasta en-

tonces reaccioné. Salí y ahí estaba un muchacho rodeado de mucha gente, y le pregunté qué había pasado. Empezó a relatar que mi hijo pasó por su casa y que lo paró para invitarlo a un *pary*. Yo le pregunto que qué era eso, y me dice: “Es una fiesta, señora, en una casa”. Se me hizo raro, ya que a mi hijo no le gustaban las fiestas particulares. Era un cumpleaños en la colonia Nueva Laguna. Relata que cuando llegaron a la fiesta todos entraron y empezaron a bailar, y mi hijo se quedó afuera platicando con una muchacha. Adentro, uno de los amigos empezó un pleito con el supuesto novio de la chica con quien bailaba, lo tumbó de un golpe y el sujeto llamó por radio: era un halcón, o sea rivales, gritando: “Aquí están los contras”. Todos salieron corriendo, gritándole a mi hijo “¡Súbete, súbete, vámonos rápido!” Alcanzaron a subirse al carro y al arrancar atropelló al que había hablado por radio. En su desesperación, mi hijo dio vuelta, se metió en una calle cerrada y ya no pudo salir. Toda la gente se les echó encima y los sacaron del coche, y este muchacho nos contó que los golpearon mucho a él y a dos de sus amigos, incluso que a uno de ellos lo dejaron inconsciente y aún así lo siguieron golpeando. Mi hijo mide 1.90, fornido y muy fuerte, y este muchacho nos cuenta que se le colgaban de los brazos y él se los

sacudía, hasta que lo golpearon en la cabeza fue que lo tumbaron. Llegaron dos camionetas y un carro, al muchacho que estaba inconsciente lo subieron al carro y a mi hijo y al otro amigo a una camioneta. Allí se los llevaron.

Este muchacho nos cuenta que él regresó corriendo a avisarnos lo ocurrido. Desde entonces empezó nuestro calvario. Busqué a uno de mis hermanos, quien traía un taxi, para que nos moviera. Cuando llegamos al sitio encontramos el coche destrozado, volteado sobre un costado, completamente lleno de sangre. Aún lo recuerdo y se me llenan los ojos de lágrimas y no puedo seguir escribiendo. No me imagino todo lo que los golpearon para que hubiera tanta sangre. Es difícil contener el llanto, el pensar con cuánta impunidad esta gente malvada hizo tanto daño.

Empezó nuestro navegar: fuimos a la Cruz Roja, ahí estaban atendiendo al muchacho que mi hijo había atropellado. Al ver a tanta gente enfurecida me dio miedo preguntar cómo se llamaba el muchacho. Después nos dirigimos al SEMEFO, nos dijeron que había muchos cuerpos pero no nos dejaron entrar. Anduvimos por el río Nazas toda la noche, y al amanecer fuimos a avisarle a la familia de uno de los muchachos. En total se llevaron a tres jóvenes. A partir de ahí todo transcurrió como

en un sueño: durante tres meses no supe de mí, me tenían sedada, pero ya no quise medicarme. Lo que me levantó fue un nieto de seis meses que dejaron a mi cuidado. El miedo me impidió hacer denuncia, la puse hasta los dos años, y eso porque quise ingresar a un colectivo, pero me dijeron que ya tenían muchos integrantes. Me contacté con grupo VIDA (Víctimas por sus Derechos en Acción) en 2016. Desde entonces soy participante activa. Mi recuperación ha sido lenta, tuve tratamiento psicológico. Fue un tiempo duro y doloroso, odiaba a todo mundo, y no sólo eso, me odiaba a mí misma, me dejé morir, no tomaba mi tratamiento para la diabetes, tuve crisis muy fuertes, incluso no caminaba. Mi odio era tal que hasta mi madre me corrió de la casa. Mi hija me gritó: “¡Mamá, ya no te aguanto!” Como luego dicen: necesité tocar fondo para abrir los ojos a mi realidad y fue cuando entendí que necesitaba buscar ayuda.

Tenía un celular de mi hijo que me había dado para que se lo reparara, pero le compré uno. “Para que no batalles”, le dije. Me quedó un reloj, fue mi último regalo de navidad, es como de ferrocarrilero, me preguntan que si funciona, la verdad nunca e intentado hacerlo funcionar, como lo dejó lo tengo, sólo abro el cajón del tocador y lo veo, sólo lo toco y suspiro.

Actualmente seguimos en la búsqueda. En ocasiones me gana la desesperanza y pienso que voy a morir sin encontrarlo, pero me consuela pensar que, si muero, ya sabré de mi hijo.

A veces creo que la esperanza es muy cruel, la espera y la duda matan, una desaparición es más mortal y cruel. A un muerto se le tiene que dejar ir y superar el duelo, y un desaparecido tendría que volver para poder dejarlo ir.

Los seguiremos buscando hasta el fin de nuestras vidas.

## Testimonio de Norma Patricia Albino Mendoza

Yo, Norma, nací en la hermosa Comarca Lagunera, para ser más exacta, en Torreón, Coahuila, mi bella tierra, donde se comen deliciosas gorditas y no pueden faltar los domingos de menu-do y de carne asada.

Mi vida no comenzó muy bien, pues fui la primera hija de Óscar y Alicia, dos adolescentes de quince y dieciséis años. Obviamente muy inmaduros, tanto que cuando cumplí un año me dejaron con mi abuela paterna, Mamá Chelo como le decíamos. Mis papás se separaban y regresaban, mi abuela me decía que eran muy irresponsables y que no me cuidaban bien, que qué podía esperarse de unos adolescentes, casi niños. Total, me dejaron con ella, que era de carácter tan fuerte que me inspiraba respeto, o miedo, tal vez. Nunca fue cariñosa, pero me cuidó y me crió, creo que esa fue su forma de demostrar que me quería.

A mis padres siempre los veía, pues cuando no vivían con Mamá Chelo, vivían con mi abuela materna, Modesta, que, por cierto, siempre regañaba a mi mamá diciéndole que si no se cansaba de andar de pajarera, que siempre andaba de un lado a otro sin echar raíces en ninguna parte. Curiosamente algo parecido le decía Mamá Chelo a mi papá.

Recuerdo que cuando cumplí cinco años explotó la bomba: mi madre estaba nuevamente embarazada. Yo me alegré mucho pues tendría un hermano, pero los veía discutir. A mi padre le decían que cómo era posible, que si nunca se habían hecho cargo de mí, que qué sería de ese niño. Casi todo el embarazo mis dos abuelas le hablaban poco a mi mamá. Durante ese tiempo mis padres vivieron con Mamá Chelo, y yo adoraba que vivieran con nosotros, pues mi mamá era muy cariñosa conmigo. Claro que lo hacía a escondidas de Mamá Chelo, que si nos veía, nos regañaba y ordenaba que nos pusiéramos a hacer algo porque a ella no le gustaba ver a nadie ocioso.

Cuando nació mi hermanito todo cambió, pues la verdad era muy bonito: blanco, cachetón, gordito. Y todos estábamos contentos. Le pusieron Óscar Rolando Perucci, como el jugador de moda en ese tiempo. Pero mis padres seguían en las mismas: se separaban y volvían. Mi papá empezó a agarrar la tomada, y Mamá Chelo terminó por hacerse cargo también de mi hermano. Cumplí seis años y mi abuela me dijo que ya tenía edad de ayudar en los quehaceres de la casa. Recuerdo que me emocioné porque tenía un banquito para alcanzar a lavar los trastes. Me pusieron un mandil que me quedó larguísimo

y Mamá Chelo confeccionó uno a mi medida. Al principio se me hacía divertido pero al poco tiempo terminé por cansarme mucho, lavar todos los días los trastes de las tres comidas era realmente pesado. Conforme cumplía años, las tareas aumentaban. Lo que llamaba mi atención era asomarme a la ventana a ver pasar a las niñas con sus uniformes y sus moños. Algunas parecían de mi edad. Le preguntaba a Mamá Chelo por qué yo no iba a la escuela, pero nunca respondía.

Sentía una cierta envidia al ver que con mi hermanito ella sí se reía y lo acariciaba, pero nunca me atreví a preguntar por qué conmigo no era así. Cuando cumplí ocho años, mi abuela dijo que empezaríamos a acompañarla a la iglesia. Como siempre, me emocioné al principio, pues saldríamos a la calle, cosa que casi no hacíamos porque mi abuela decía que sólo los niños vagos andan en la calle. En ese tiempo veía a mi abuela como a una persona mala, siempre con un gesto adusto, casi nunca reía. Tal vez estaba así por haberse casado con mi abuelo Irineo Albino de Santiago cuando él tenía cincuenta y seis años y ella dieciséis. Yo veía a mi abuelo muy viejito y me encantaba que nos contara de cuando había andado en la Revolución con Pancho Villa, bajo las órdenes del general Fierro.

Entre las anécdotas de la Revolución de mi abuelo y *El Chavo del 8*, que era el único programa que podíamos ver en la tele, transcurría el tiempo. Los domingos íbamos a misa y teníamos que ayunar hasta que terminaba la misa de doce. Yo tenía que vestir con un vestido largo hasta los tobillos y de manga larga y un short debajo del vestido. Uf, hacía el calor típico de Torreón. Al principio me emocionaba ir a la iglesia pero después lo sentía como castigo.

Mamá Chelo tenía dos hijos además de mi papá: mi tío Gerardo, que era militar y catorce años mayor que mi tía Irma, de sólo seis años. Él me matriculó en la escuela no sin antes aventarse un round con Mamá Chelo, pues ella alegaba que para qué, pero al fin, mi tío y yo nos salimos con la nuestra. Y fui a la escuela y me encantó. Ahí me sentía libre.

Cuando cumplí doce años, mi tía empezó a tener novio, claro: a escondidas de mi abuela. Para entonces yo tenía tres hermanos más y aparentemente mis papás se habían estabilizado. Mi abuelito ya había muerto. Una noche desperté sobresaltada, mi tía Irma y mi abuela discutían porque Irma había salido con su domingo siete, como decían de las mujeres que se

embarazaban sin estar casadas. De este “error” que mi tía cometió, yo también pagué consecuencias, pues a partir de ahí mi abuela nos cuidaba mucho más.

A veces, mi hermanito y yo nos escapábamos para jugar a la pichada con cerca de diez niños que vivían en la cuadra siguiente. A nuestro regreso mi abuela no nos regañaba pero duraba días sin hablarnos. Un día, al volver de la escuela venía platicando con un compañerito que vivía cuerdas más adelante y apenas iba yo a tocar la puerta, mi abuela abrió, me jaló y me metió bruscamente a la casa y me dijo que ya iba a entregarme a mis papás, pues al rato yo también iba a salir con mi domingo siete, como mi tía. Yo dije: “¿Pero por qué?, sólo venía platicando y es un niño más chiquito que yo”. Mandó llamar a mis papás, juntó mi ropa y dijo que me fuera con ellos. Yo lloraba y lloraba. No entendía a mi abuela. Duré muchos días llorando y extrañando a mi hermanito pues siempre habíamos estado juntos.

Con mis padres no vivía a gusto, me sentía extraña. Mamá era una mujer fría y me dijo que tendría que ayudar, que me haría cargo de mi hermano Jorge, uno de los más pequeños. Y pues sí, lo cuidé de todo a todo, y me acos-

tumbré. Como cualquier adolescente de catorce años fui desarrollándome, y empecé a notar, con inquietud, que mi padre me veía de forma diferente, no como un padre ve a una hija. Empecé a tener miedo, en las noches él me descubijaba y yo, sobresaltada, le contaba a mi madre, pero ella respondía que eran imaginaciones mías.

Un día saqué a caminar a mi hermano, y vimos que había llegado una feria de diversiones a un parquecito cercano. Un muchacho nos dijo que si queríamos nos subiéramos a los caballitos. De inmediato aceptamos, pues nunca habíamos subido a ningún juego. Casi a diario lo veíamos, dijo llamarse David, me escribió cartas muy bonitas y me enamoré de él. Era de Veracruz y a los doce años se salió de su casa porque su padre lo maltrataba mucho. Cuando me dijo su edad abrí enormes ojos pues él tenía veintitrés y yo catorce. Nunca se propasó conmigo, decía que cuando yo estuviera más grande seríamos novios, que volvería por mí, y dijo que ya pronto se irían.

Esa misma noche mi madre fue hospitalizada, ocasión que mi papá aprovechó para intentar abusar de mí. Salí corriendo a buscar a David para contarle lo sucedido. Me preguntó si me iría con él, le dije que sí, y dejé todo atrás, creyendo que vi-

viríamos felices, pero no. David pronto me mostró cómo era de verdad: agresivo, violento, celoso. Los más de los días me golpeaba y me encerraba. Así, casi siete años de maltratos. Que parecía mula, me decía, pues no podía tener hijos. Pero justo a los siete años quedé embarazada y mágicamente todo cambió. Dejó de golpearme aunque su mal carácter jamás se compuso. Yo me sentía muy feliz. A mis seis meses de embarazo nos tocó ir a la feria de Torreón, ahí mi madre fue a buscarme para decirme que había abandonado a mi papá, que la perdonara, y como mi embarazo era de alto riesgo, David quiso que nos quedáramos en Torreón, para asentarnos en un lugar, y así lo hicimos.

Al nacer mi hija todo fue felicidad. Estaba preciosa y decidimos ponerle Norma Elizabeth. Tuve dos hijos más: Andrea y David. Estábamos bien salvo que mi esposo David nunca cambió su mal humor, y nosotros estábamos aislados de la gente pues a él no le gustaba que habláramos con nadie. Cuando estaba en casa todo era tenso. Si en la comida a alguno de los niños se le volteaba el vaso de agua o se le caía algo, era un drama pues David empezaba a gritarnos y éramos muy infelices, de veras. Un día, al regresar del trabajo me dijo que se iba a Estados Unidos pues le habían ofrecido un trabajo muy

bueno y que aquí ya estaba harto de no salir de lo mismo. Empecé a llorar y me dijo que no estuviera lloriqueando, que sólo se iba por un año. Pronto recibí su primer envío. ¡Diez mil pesos!, compré un carrito para hacer gorditas y empezó a irme muy bien. Durante dos años mandó dinero y yo ahorraba todo y me sentía feliz, ya no estaba bajo el yugo ni el mando de nadie. Compraba juguetes y ropa para mis hijos, y todos los miércoles eran de cine. Los veía felices y ya no importaba si manchábamos la mesa o tirábamos el refresco. Éramos libres.

Mi hija Norma terminó la secundaria y andábamos un poco asustadas pues oíamos que se robaban a las muchachas. Mi negocio de comida creció, tenía un localito bien equipado. Norma entró a estudiar enfermería. Nos levantábamos muy temprano y antes de irse a la escuela, ella me dejaba todo muy limpio.

David se perdía durante meses, sin hablarlos, y de repente volvía a hablar, pero a nosotros ya no nos importaba pues las dos habíamos prometido cuidar y proteger a los más pequeños. Cuando hacía mucho calor íbamos de día de campo al patio, sacábamos un colchón y prendíamos el radio en “La mano peluda”, un programa de relatos de fantasmas. Dormíamos

muy apretados, pues se nos unían nuestro perro Coky y nuestro gato Karlo. Mi vida era muy bonita, de mucho trabajo, sencilla. Mi casa era un hogar aunque no estuviera David.

Un día, mi hija regresó de la escuela acompañada de un joven alto, llenito, bien parecido. Me lo presentó como su amigo Alexis. Era muy sonriente y agradable. Durante tres o cuatro meses siguió acompañándola. Le pregunté si era su novio y me dijo que sí. Él era de Gómez Palacio y trabajaba en un taller cerca de la escuela de mi hija. Estuvieron saliendo seis meses hasta que un día en que salió con él, ya no regresó. Al día siguiente me dijo que iban a vivir juntos. Le pregunté cuál era la prisa, que si estaba embarazada, y me respondió que no, que querían vivir juntos porque se querían y ya no deseaban estar separados. Me enojé mucho, pues no quería que abandonara la escuela y echara a perder su futuro. Pero nada de lo que le dije la hizo cambiar de parecer y se fue a vivir con él. La verdad es que yo sí veía feliz a mi hija con Alexis. Se fueron a vivir a Gómez con el papá de él, que vendía gorditas, y Alexis le ayudaba. Mi hija regresó a ayudarme en el pequeño negocio que teníamos, ayuda por la que yo le pagaba. Así pasaron unos nueve o diez meses y una mañana mi hija no

llegó a ayudarme, me llamó llorando y diciendo que habían detenido a Alexis por el robo de una moto. Le pregunté si de verdad la había robado, me respondió que no lo creía cierto. Que Alexis y unos vecinos andaban jugando fútbol y que el dueño de la moto les había ponchado el balón y que ellos quisieron poncharle la llanta y él los acusó de robo. Alexis aún no cumplía dieciocho años y lo llevaron al Tutelar de menores, donde estuvo alrededor de un mes, tiempo en el que vi a mi hija llorar y deprimirse mucho. De repente le avisaron que habían trasladado a Alexis al CERESO. Nos preguntamos por qué, si todavía era menor de edad. El traslado fue en lunes. Mi hija lo visitó al domingo siguiente para llevarle ropa y comida. Me dijo que no me preocupara, que regresaría a las cinco de la tarde, al terminar la visita, que además la acompañaría la madre de Alexis. Me quedé intranquila pero acepté que fuera, sabiendo que nada la haría cambiar de plan.

Dieron las cinco y Norma no regresó. Conforme pasaban las horas me sentía más intranquila y mi preocupación aumentaba. A las nueve de la noche preferí cerrar el local, pues supuse que mi hija se habría ido para la casa, puesto que yo la veía cada vez peor: muy, muy triste.

Cuando llegué no estaba, pero pensé que tal vez se habría ido a casa de su suegra. Casi al instante recibí una llamada de la mamá de Alexis preguntando por mi hija. Sorprendida y preocupada le pregunté si ella no la había acompañado a la visita. Me respondió que no, que se había sentido mal y que no había ido. Al escucharla, mi preocupación aumentó y le comenté que mi hija aún no regresaba. Colgué y me dirigí al CERESO junto con mis pequeños hijos. Al llegar le dije a uno de los guardias que mi hija había ido de visita y que no había vuelto. Me contestó que en la oficina ya no había nadie y que a veces a las esposas las dejaban quedarse, pero que muy temprano las echaban para afuera. Regresé a casa pensando que a lo mejor a mi hija se le había hecho fácil quedarse con Alexis. Toda la noche la pasé despierta esperando que apareciera. Amaneció, las horas transcurrieron, y nada. Dieron las diez de la mañana y no regresaba.

Nuevamente mis hijos y yo fuimos al CERESO, solicitando ver a Alexis. Me dijeron que no, porque sólo lo permitían a familiares directos. Pedí hablar con una trabajadora social y le expliqué lo que estaba pasando. Ella pidió a un guardia que le preguntara a Alexis si Norma había venido a verlo. El guardia regresó y dijo que no, que Norma no había ido, pero lo vi susurrarle algo a la trabajadora

social. Cuando ésta se fue, él cambió de actitud y me dijo: “Pues no, señora, su hija no vino, ¿se le ofrece algo más?, si no, con permiso”.

Inmediatamente me dirigí a la Fiscalía a levantar la denuncia pero me dijeron que tenía que respetar las horas que se requerían para considerarla desaparecida. Mientras, la busqué en la Cruz Roja, en hospitales, en el anfiteatro, por todas partes, y nada. Cuando pasaron las horas que debía de esperar, fui nuevamente a poner la denuncia, pero me dijeron que hablara con el director del CERESO y le explicara lo sucedido. Al pedir hablar con el director, en cuanto dije mi nombre, me respondieron que no podía recibirme. Regresé a la Fiscalía y me dijeron lo de la primera vez: que fuera al CERESO hasta que lograra hablar con el director. Y los días pasaban, tiempo muy valioso. Hasta que me enteré de que Alexis tendría una audiencia y le supliqué al juez que me permitiera hablar con él. Me lo concedió y le pregunté a Alexis por Norma, y me respondió con cara de angustia, casi terror: “No vino, señora”. Entonces me di cuenta de que venía tan custodiado como si fuera un delincuente de alta peligrosidad. Me acerqué a abrazarlo para despedirme y en voz muy baja preguntarle si Norma estaba ahí, y bajito

me contestó que sí. “¿Te están amenazando?” le pregunté y respondió que sí. Por lo que me dirigí otra vez a la Fiscalía a decirles que pude hablar con Alexis y que me dijo que mi hija estaba ahí, que lo tenían amenazado. Me volvieron a decir que fuera a hablar con el director del CERESO. Salí de la Fiscalía y me dirigí a Derechos Humanos. Pedí que me ayudaran, pues no querían levantarme la denuncia por la desaparición de mi hija. Le hablaron por teléfono a la secretaria del fiscal, y por fin, después de nueve días, levantaron la denuncia, habiendo dejado pasar un tiempo importantísimo.

Regresé a casa, esperanzada en que ellos la buscarían y la encontrarían. Pero a los pocos días tuve que regresar a trabajar, pues tenía que ver también por mis pequeños hijos. Una noche, a punto de cerrar, llegaron dos jóvenes y me dijeron que eran de los Zetas, que los habían mandado sus jefes y que ellos tenían a mi hija en el CERESO y que yo debía pagar una cuota para que no le pasara nada, y que cuando Alexis saliera la dejarían salir, pero que ya no estuviera yo chingando en la Fiscalía ni en Derechos humanos. Les respondí que estaba bien, pero que no la lastimaran. Así estuve, pagando la cuota, hasta que Alexis salió libre, pero al salir, a esca-

sas dos o tres cuadras del CERESO, lo mataron. Aun así, siguieron extorsionándome. Les pregunté que qué pasó, que por qué no cumplieron, que dónde estaba mi hija. Ellos me dijeron que no sabían, que eso era cosa de los jefes.

Un buen día ya no regresaron, pues estaba entrando otro cártel que los atacaba, y jamás volví a saber de ellos ni de mi hija.

Hoy en día conservo un saco que fue de lo último que mi hija usó de su ropa, pues conservará siempre su olor. Lo acurruco a mi pecho cuando quiero sentir su perfume, pero poco a poco va dejando de oler, de tener su aroma. Ahora soy integrante del grupo VIDA, grupo de búsqueda en campo, pues la verdad estoy tan decepcionada de las autoridades que he decidido buscarla con mis propias manos.

No sé si voy a encontrarte o no, mi niña hermosa, pero sé que volveremos a vernos, si no es en esta vida, será en otra, te lo prometo, pues el lazo espiritual de una madre con su hijo no lo rompe nada ni nadie.

Te prometo, mi muñeca, mi princesa hermosa, que voy a encontrarte para volver a estar juntos otra vez los cuatro. Sea como sea que te encuentre.

## **Testimonio de Alma Gabriela Álvarez Melchor**

Nací el 20 de julio de 1984 en la ciudad de Torreón, Coahuila. Tuve una infancia bonita, tranquila, fui la segunda de cinco hermanos. En la primaria era muy seria, los alumnos me conocían porque mi mamá era vocal, todos mis hermanos estuvimos en la misma escuela. En la secundaria seguí siendo reservada, pero me juntaba con las niñas más populares, y al terminar el segundo año, mi mamá me cambió de secundaria porque empecé mi época de noviera, como todo adolescente. Mis padres decidieron que hiciera una preparatoria con carrera técnica, pues no sabían si podrían pagarme una profesión, así que estudié Técnico en Contabilidad en el CONALEP Torreón, pero sentí que eso no era algo que me gustara, batallé para sacar la prepa y se me pasó la fecha para sacar ficha en alguna universidad, por lo que me tomé un año “sabático”. A los pocos meses mi mamá dijo: “Necesitas buscar trabajo o carrera porque no te quiero aquí sin hacer nada”. Cambié de carrera y empecé a estudiar la licenciatura en Trabajo Social. Casi a la par encontré un empleo que se acomodaba a mi horario escolar. Así que de estar

todo el día en casa, pasé a ocuparme todo el día en la escuela y en el trabajo. En segundo semestre cambié de empleo porque la paga empezó a mermar y yo necesitaba el sueldo para pago de transporte y gastos de escuela. En mi nuevo trabajo tuve ingresos más altos y comencé a endeudarme con cositas para mí: zapatos, ropa, libros. Un señor iba cada semana por abono de mis compras y nos poníamos a platicar. Un día me vio con una guitarra con la que canté en un coro durante algunos años en mi adolescencia, y me platicó que su hijo era profesor de una rondalla en una preparatoria. Ya en confianza le pregunté si podría presentarme a su hijo para que me enseñara más melodías. Así lo hizo.

Él me platicó que en unos meses más concurrirían en Monterrey y que iban invitados como apoyo a la rondalla, y que podría invitarme. Nos pusimos de acuerdo para vernos cerca del Tec Laguna. Iba muy nerviosa y emocionada, pero fui. Llegamos a la prepa donde ya estaban algunos alumnos y compañeros de apoyo, recuerdo que esperamos un rato a un tal Chocorrol, porque era una de las voces principales y el que se sabía todas las tonadas. Cuando llegó, vi que era un chico desaliñado, alto, flaco y moreno, con

pelo de loco, pues lo tenía chino, venía en chancas y con su guitarra. Y yo pensé: “¿A poco él es su estrella?” Quién iba a pensar que dos años más tarde me casaría con él.

Me casé el 8 de febrero de 2007, el día de su cumpleaños, para que nunca olvidara nuestro aniversario (con cuatro meses de embarazo y en sexto semestre de mi carrera y trabajando por las mañanas). En julio de ese mismo año nació nuestra gordita, una hermosa niña que llenó de alegría nuestra vida. A él le gustaba jugar fútbol y nosotras éramos su gran porra. Ahí nos hicimos amigas las esposas de los otros jugadores que eran compañeros de trabajo, un equipo de Megacable.

Diciembre de 2007 fue perfecto. Me sentía plena con mi pequeña familia, recién había terminado mi carrera y seguía trabajando. Lo pasamos excelente esa Navidad en casa de mis papás, haciendo tamales, y el Año Nuevo estuvimos en casa de su mamá, con sus extraños rituales. Para nuestro primer aniversario de boda hicimos una gran fiesta, bautizamos a nuestra princesa, celebramos nuestro primer año y el término de mi carrera profesional. Empezamos 2008 con un montón de planes. Después de la fiesta sacó ficha para estudiar Derecho, pero por alguna situación ya no siguió el proceso y lo dejamos para el próximo ciclo escolar.

En julio hicimos una piñata en casa porque nuestra hija cumplía un año, nuestra gordita. Él preparó todo, pidió a mi mamá que le preparara asado y espagueti con crema porque era su comida favorita. Todo era tan bonito y lleno de planes que yo no podía pedir más a Dios. En agosto falleció mi abuela materna y ahí comenzaron las desgracias. Él estuvo siempre apoyándome.

En septiembre perdí mi trabajo luego de cinco años y aunque sí nos afectó en lo económico decidimos que me tomara un tiempo para recuperarme de la muerte de mi abuela y para disfrutar con nuestra hija. Para octubre empezamos a ver casas, pues vivíamos en una de renta. Había muchas bonitas pero no nos decidíamos. En noviembre operaron a mi mamá de un probable cáncer de tiroides, ese día Gerardo no fue a trabajar para estar conmigo. Gracias a Dios, y luego de doce horas en el quirófano, todo salió bien.

Es difícil abrir el corazón y mucho más, una herida que aun con el paso de los años, duele. Un sábado como ninguno. Mi hermano decidió bautizar a su hijo mayor. Hizo una pequeña reunión en casa de mis papás y la fiesta estuvo padre. Los padrinos fueron una pareja que vivía en frente de la casa de mis papás. Al padrino, también desaparecido, lo conocí desde que

llegamos a vivir a esa colonia y tenía mi edad. Recuerdo que le gustaban las motos. Su esposa, la madrina, era una muchacha como seis o siete años menor que él.

El 7 de diciembre de 2008, mi esposo y yo no estuvimos mucho en el festejo ya que primero fuimos a la iglesia a ensayar la serenata para la Virgen de Guadalupe. Sería la primera vez que él haría eso y era por mí, como siempre, para hacerme feliz después de la muerte de mi abuela, de perder el trabajo y de la operación de mi madre.

Llegamos al festejo cerca de las nueve de la noche y ya casi todo había terminado. Rentaron una rocola, compraron cerveza y había qué cenar. Parte de la noche nos quedamos sólo mi hermano, el padrino de mi sobrina, mi esposo y yo. A eso de las tres de la mañana Gerardo se quedó sin cigarros, su único vicio, y decidió ir a comprar. Pude haberle dicho que no, que se quedara a dormir, pero no lo hice. Mi hermano fue al baño y mi nena despertó. Édgar, el padrino, y Gerardo se fueron en el carro que acabábamos de comprar. Lo último que le dije fue: “No tardes, la niña despertó, te amo”. Lo besé y salieron. Iban cerca, así que pensé que no tardarían, pero no fue así. Pasó media hora y ya se me hacía mucho. Mi hermano decidió ir

a dormir y me quedé sola, esperando. Para los cuarenta y cinco minutos, mi corazón sentía un terrible hueco y fui caminando a donde irían para buscarlos con la esperanza de topármelos en el camino. Se completó la hora, regresé a casa, y nada. No dormí por estar en la espera. A las siete de la mañana fui a buscar a la esposa de Édgar. Le comenté que se habían ido desde las tres y que no regresaron.

Ella, tranquila y acostumbrada a que su esposo no llegara, no le dio importancia. Yo ya sabía que algo había pasado, mi angustia era terrible, mi esposo jamás se iría a ningún lado. Sin antes comentarlo, hacia el mediodía me comuniqué con mi suegra, le conté, y, entre molesta y asustada, le pedí que si se enteraba de algo, me avisara. Se quedó inquieta y me pidió lo mismo. El domingo 8 sería la posada del trabajo, y aún con esperanza pensé: “Capaz y se fue solo”. Comencé a comunicarme con sus amigos esperando que me dijeran: “Sí, aquí está”.

Los días siguientes fueron muy difíciles: buscarlo en SEMEFO, hospitales, cárcel. Cada día era más grande la angustia. Aproximadamente al año llegó mi hermano a decirme: “Necesito que te sientes y escuches y pienses bien lo que harás”.

Habían localizado el carro en el que desapareció Gerardo. Mi corazón latía al millón, quise ir a ver yo misma, pero la inseguridad era terrible y sólo me quedó el ir a dar parte a la Fiscalía. Lo peor que pudo pasarme. Después de decirme que harían papeleo para traerlo, regreso y me dan la noticia de que había desaparecido de nuevo. En ese instante me di cuenta de la corrupción y de que la policía, cuya responsabilidad es cuidar, era la responsable de tanta desgracia. Mi esperanza y mis ganas de seguir murieron.

Fueron años en los que caí en depresión, morí en vida, para luego buscar la “felicidad” en fiestas, en situaciones de promiscuidad y con descuido total para mi hija. Un día me vi en la calle, sola, sin dinero, sin casa, fue mi fondo. Empecé de la nada a salir adelante, fui con varios psicólogos, porque no todos entienden lo que es perder a alguien y vivir en la penumbra de la esperanza. Llegué al colectivo Grupo Vida, que fue y ha sido mi familia de dolor donde encontré amigas con las que me identifico y gracias a ellas mi vida es diferente.

Me devolvieron la esperanza y empecé a buscar de nuevo. Sé que algún día sabré lo que pasó. Sé que ahora soy más fuerte para enfrentar cualquier noticia. Han pasado once años

desde aquel último beso, pero aún recuerdo cuando me pidió que fuera su novia, con una cena a la luz de las velas, como enamoraban los hombres de antes, dándome la mejor serenata de toda mi vida, con una guitarra vieja que conservé hasta hace dos años que me la robaron. Con ella se llevaron su aroma, sus melodías, pero no su recuerdo.

Mientras tenga vida, tengo esperanza y donde quiera que esté sólo le digo: “No esperes que te olvide y no olvides que te espero”.

## Testimonio de Juana Isabel Barraza Cardiel

Hermosas amigas y hermanas del mismo dolor, quiero platicarles que recuerdo muy bien el año 2004 porque estaba muy entusiasmada organizando la fiesta de quince años de mi niña. Mis hijos también andaban muy contentos, pues les dije que los tres serían sus chambelanes, aunque respondieron que estaban muy chaparros para ella. Les dije: “¡Ay, qué tiene, todos vamos a bailar con Sandra!” Mi esposo era el más feliz con la fiesta. Recuerdo que le dijo a mi hija que haríamos la fiesta con sonido porque no podía pagar un conjunto musical. Ella le contestó: “Hágala como usted pueda”. Él dijo: “Si quieres pedirle dinero a tu papá para la música, no voy a enojarme porque ya he platicado contigo de que yo no soy tu papá de sangre, pero te quiero un chingo, como si lo fueras”. Ella contestó: “Ya lo sé y le agradezco, que junto con Juanis me haya querido y me haya dado su apellido como a mis hermanos, gracias por quererme mucho y una cosa sí le digo: si usted no tiene o no puede hacerme la fiesta, usted y Juanis no me hagan nada, yo con estar aquí soy feliz”. Él le dijo: “No, hija, yo sí puedo hacer tu fiesta, pero como te dije, con sonido, con conjunto no puedo”. Ella respondió:

“Como usted pueda, porque no voy a pedir nada a nadie y menos a él. Yo a usted lo quiero y usted es mi papá, él no lo es y nunca le he pedido nada y mucho menos ahora que ya voy para mis quince años. Sé que ustedes como han podido nos han sacado adelante a mis hermanos y a mí”.

Le hicimos la fiesta. Recuerdo que se llegó el día y todo nos salió muy bonito, fue mucha gente. Ella andaba muy volada porque lo que más le gustó fue que iban a acompañarla a misa los Creizy del Pollo Grijalva, y la iban a bailar ellos. Todos en mi familia la pasaron muy contentos, hubo muchísima gente, con decirles que de comida hicimos barbacoa de Chávez, muy rica. Mi mamá se lució con la comida, diez o doce botes de cuatro hojas. Todo salió muy bonito. Cuando mi esposo le dio su última muñeca, los dos lloraron de alegría: él por la emoción de ver a su niña ya mujercita. Toda la noche hubo alegría y baile. Sus hermanos también bailaron con ella, y yo también y todos los familiares y los amigos. La fiesta estuvo como ella la quiso.

Pasaron los días y dijo que nosotros le habíamos prometido que cuando cumpliera quince años la íbamos a dejar tener novio. Su papá dijo que sí, pero que afuera de la casa, pues no quería verla en las esquinas, que si

el muchacho quería visitarla, hablara con nosotros. Así lo hicieron y cada vez que él iba a verla, mis tres hijos se estaban ahí, la cuidaban mucho. A veces ella les decía: “Ya, métanse, ¿ya acabaron la tarea?” Ellos decían que ya, y ella les decía: “Ahorita se las voy a revisar”. Me ayudaba mucho con sus hermanos, a bañarlos, a hacer la tarea y a limpiar la casa. Desde la primaria fue muy lista y le gustaba mucho la escoba y ayudarme a lavar, asear la casa y hasta planchar la ropa. Apenas yo lavaba y ella quitaba la ropa del tendedero para plancharla, pues siempre me veía hacerle así. Ya después me decía: “Yo te ayudo a planchar, Juanis”. Se ponía a trabajar mientras yo cocinaba. Ya no me dejaba lavar, alzaba la casa, yo sólo a cocinar, a lavar trastes y a llevar a los niños a la escuela. Al salir de la secundaria ya no quiso estudiar, pero tampoco buscó trabajo, estaba conmigo en la casa. Mi esposo era el único que tenía empleo.

En la escuela de los niños me preguntaron si quería hacerme cargo de la cooperativa, y acepté. Ahí vendía ayudada por mis niños: acomodar los dulces, los duros, barrer el tabarete. Mi hija me ayudaba a preparar los guisos para las gorditas y a limpiar la casa, pues yo salía desde las sie-

te y media para el tabarete y lo cerraba a la una. Vendía dulces, gorditas, refrescos, jugo y tacos de discada. Mi hija era quien más me ayudaba.

Así pasaron los meses hasta que, cuando iba a cumplir dieciséis años, se me fue con su novio. Ese día le dimos permiso para ir con él al Grito del 15 de septiembre, en la plaza. Se nos hacía mucho tiempo para que no volviera y fui con una amiga suya para que me dijera bien dónde era la casa de Édgar. Serían entre las doce y doce treinta. Toqué y no salía nadie. Yo estaba enojada toque y toque hasta que los vi y dije: “Ábreme. Si no abres, voy a sacarte con una patrulla porque eres menor de edad”. Abrieron y me la traje a la casa. Lloraba porque quería quedarse con él. Le dije: “¿No ves cómo vive? Fíjate bien en mi espejo, ¿a poco quieres echar a perder tu vida? Estás muy chica, hija, piensa, y ya no quiero que vaya este muchacho a la casa. Si va, lo voy a correr”.

Ella nomás lloraba y siguió en la casa otro mes. Después volvió a irse con él, pero ya no a su casa, por eso no di con ella. Se fueron a casa de un tío suyo y yo no sabía el domicilio. Al tercer día llegó llorando para que la perdonara por haberme hecho sufrir, pero que ella quería estar con él, que lo quería mucho, que él sí trabajaba, que la dejara irse porque quería estar con él. Recuerdo que le dije:

—Sandra, estás muy chica, ¿quién va a ayudarme con el tabarete de la escuela, hija, y con tus hermanos?”

—Voy a venir todos los días. Voy a seguir ayudándote en la casa. Édgar va a dejarme venir a diario.

—Ay, no, Sandra, sabes que todavía eres muy chica para estar con él.

—Sí, pero quiere casarse conmigo.

—Sí, hija, pero yo no te voy a casar. Eres todavía una mocosa como para casarte. Así te voy a dejar, a ver qué pasa. Mira a tus hermanos como te lloran, no quieren que te vayas, hija, piénsala bien. No le hace que te hayas quedado con él, hija, no te vayas.

Todos lloramos y mi esposo estaba enojado. No quería hablar con ella, estaba muy molesto porque su niña se había ido con Édgar.

Pues se fue y pasaron los meses. Él era muy celoso. Yo le decía:

—Sandra, ya no te arreglas, yo creo que ni te bañas.

—Sí me baño, en las noches —decía.

—Sí, pero ya ni te arreglas el pelo y andas muy mal vestida, ¿qué pasó con tu blusita de licra y tirantes? Traes puras playeras blancas y no sales de esa camiseta del América.

Y mis hijos también le decían: “Péinate, báñate”. Sandra contestaba: “¿Para qué? Yo ya no salgo ni quiero que me digan nada, mocosos”. Ya ni shorts se ponía, andaba vestida muy chola y se veía muy fea así. Ella nomás se reía.

Cuando llegaba de la escuela, yo me ponía a cocinar y ella a ayudarme con los niños para que hiciera la comida. Así pasaron los días y a los dos meses se embarazó, pero yo ya no la veía alegre, sino que tenía su carita triste, hasta que le dije: “¿Qué te pasa, hija? A mí se me hace que ya estás embarazada, ¿verdad?”. Decía que no, pero ya estaba, y no quería decirme porque el güey ya me la trataba mal y seguía de volado con otras muchachitas, y ella lo sabía pero no me decía nada. Así empezó su vida con él. La golpeaba y Sandra siempre aguantó. Lo quería tanto que me ocultaba todo, pero yo le veía moretones. Ella decía: “No sé con qué me pegué ni cuenta me había dado de que traigo moretones”. Y yo: “Ay, hija, eso no vas a poder ocultarlo siempre, yo me hago pendeja, soy tu madre y te quiero mucho...”

Luego de esa mala relación, mi hija se separó y vino con su hijo, mi nieto, a vivir con nosotros. Comenzó a trabajar, a traer algo de dinero para ella y para todos. Pasado un tiempo llegó el hecho trágico. Mi hija desapareció el

26 de noviembre de 2008 en la ciudad de Torreón, Coahuila, cuando acompañó a una amiga a comprar unos pantalones y fueron detenidas por unos policías municipales. Eso fue lo que pude reconstruir. Ya han pasado once años de su ausencia y nosotros, su familia y sus hijos, todavía la esperamos.

Yo jamás la olvido y lucho como otras madres por encontrarla. Nos quitaron tanto que ya no tenemos miedo.

## Testimonio de Yadira Fernández Gutiérrez

El pasado abre sus puertas y llegan las imágenes a mi memoria. Durante muchos domingos al mediodía acudía sin falta a la segunda misa que se oficiaba en la parroquia de San Rafael, cerca de donde estuvo la estación de ferrocarril, aquí en Torreón, Coahuila. Cómo olvidar al párroco de allí, el padre Luis. Lo recuerdo por su imponente estatura y, sobre todo, por las homilías que nos adentraban en la realidad latente de nuestra ciudad. Siempre acudí sola y mi sorpresa fue que un buen día mi esposo Carlos dijo que ya iba a acompañarme. Él trabajó durante varios años en una tienda propiedad de su padre en la colonia Nueva Aurora. Mi esposo ya había decidido poner su propio negocio, un bazar donde se prestaba por joyería de oro y artículos electrónicos: televisores, estéreos, celulares, etcétera. Desde entonces ya no trabajó con su papá y empezó a acompañarme a misa cada domingo. Confieso que muchas veces él se apresuraba más que yo para estar listo temprano, preparaba la ropa que iba a ponerse y que no se hiciera tarde para salir. Mis hijos estaban por terminar la preparatoria. Ella, un año más grande que su hermano, hizo preparatoria de tres años, y él, de dos, y por este motivo saldrían igual.

A mi hija le gustaba escuchar al grupo La Ley y se convirtió en ferviente fan de Beto Cuevas; por su parte, mi hijo solía escuchar a Placebo, un grupo europeo, y música en inglés. Cómo olvidarlo: si a mí también me gusta. En aquellos años empezaba la moda del chat virtual y por eso se la pasaban chateando en la computadora de escritorio. Algo muy particular que nos gustaba hacer en familia era ir al cine los miércoles. Elegíamos la película y casi siempre la función de las ocho, porque a las siete se cerraba el bazar. Yo me encargaba de comprar refrescos y botanas y la pequeña botella de salsa Valentina. Son recuerdos que están guardados en mi corazón.

Carlos, mi esposo, tercero de siete hermanos, venía de una familia desunida por la separación de sus padres. Decidió quedarse a vivir con su papá y trabajar en la tienda con él. Carlos estudió hasta el primer año de preparatoria en la famosa PVC, la Preparatoria Venustiano Carranza. Era un joven de buena estatura, tez blanca, siempre llevaba el pelo corto, de cabello rizado, y poseía unas “entradas” profundas. La verdad era popular entre sus amigos de la colonia, ya que era “muy aventado”, como dirían ellos, se daba a querer, siempre andaba sonriendo y se ponía a platicar con chicos y grandes en la tienda cuando atendía a sus clientes.

Retorno al pasado, a aquellos inolvidables años ochenta. Yo era una chica seria, siempre de estatura alta como mi padre, y delgada. Venía de familia muy conservadora que siempre anduvo cuidándome porque fui la hermana menor de los seis que éramos. Estudiaba en el Tecnológico de La Laguna, empezaba la carrera de ingeniería, y sólo cursé un año porque me casé. Lo que más me gustaba eran las tardeadas, ir a la disco. En El Greco, del Hotel Palacio Real, conocí a Carlos, quien siempre me sacaba a bailar. Ese era el sitio en el que Carlos y yo nos encontrábamos, en aquella época le decían “los baños de vapor” porque al salir podías exprimir el sudor de las playeras. Jamás olvidaré aquel día, cuando me pidió que fuera su novia. Llevaba un pantalón Levi’s 501 color blanco, zapatos de charol en color negro y suéter de marinero en color azul marino. Carlos fue mi primer novio y se convirtió en mi esposo.

Ahora daré testimonio de un suceso ocurrido en el año 2008. Empezaba la violencia en Torreón. Una tarde, trabajando en el bazar, llegó un joven de lentes negros y gorra, ocultando su rostro. Le dijo a Carlos pasándole un celular: “Te habla el comandante”. “¿Cuál?

—dijo Carlos y no quiso contestar— Yo no hago negocio por teléfono, dile que venga, ¿qué quiere?” El joven se fue molesto.

Después, una mañana en la que Carlos iba a comprar el periódico, tres tipos de una Van quisieron llevárselo y Carlos se les escapó. La tercera vez, meses después, balacearon el bazar. Carlos contestó con disparos, pero los hirieron a él y a mi hija, que ese día lo ayudaba. Los malos se fueron en su camioneta porque Carlos activó una alarma. Mi hijo y yo salimos corriendo de la casa porque escuchamos lo que estaba pasando. No alcanzaron su objetivo de secuestrarlo y lógicamente no iban a quedarse así. Cerramos definitivamente el negocio y nos cambiamos de casa.

El 6 de octubre de 2008, hace exactamente once años, sucedió lo más relevante: el secuestro de Carlos. Eran las dos de la tarde. Él estaba acostado en nuestra recámara y yo iba a salir a comer con unas maestras. Me despedí con un beso, y yo no sabía que era el último en nuestras vidas. Salí y mi hija recuerda que él recibió una llamada a su celular: era voz de mujer. Él salió en un carro Cirrus 2007 que nos habían empeñado. Es raro, porque nunca lo movía, ya que estaba empeñado. Al salir les dijo a mis hijos que iba a atender a un cliente. Regresé de la comida. Llegó la noche y él

no regresó nunca. Era la primera noche que no dormía en casa. Pasaron dos días, y yo, muerta de miedo, contesté el celular. Lo tenían secuestrado. Me pedían un millón de pesos. El tipo que me hablaba tenía acento centroamericano, siempre con palabras altisonantes y gritándome. Fue una semana de llamadas y sólo logre reunir quinientos mil pesos. Su padre me dio la mitad. “¿Cuánto tienes? ¡Apúrale! Vende los carros”, decía el secuestrador. Su padre me dijo al darme el dinero: “Dígales que yo me entrego y que lo suelten”. Aquel señor de carácter fuerte estaba llorando en mis brazos por su hijo. Cuando entregué el dinero fui yo sola, no podía exponer a nadie y también arriesgué mi vida, pues tal vez yo no volvería. Al llegar a la Alameda Zaragoza, donde entregaría el dinero, vi algo muy sospechoso: muchas patrullas alrededor. Me dije: “Estos son”.

En una de las llamadas me pasaron a Carlos, se escuchaba sumamente enojado, con mucha rabia, y me dijo: “Yadira, no les des nada. ¡A la verga!”, exclamó muy fuerte.

Ellos me dijeron que allí mismo llegaría él. Yo volteaba para todos lados, y nunca llegó. Dejé el dinero en una mochila dentro de un bote grande de basura que estaba al salir de la biblioteca, que se encuentra en la Alameda de Zaragoza. Al caminar

para cruzar la banqueta, se acercó una patrulla y me dijo el policía: “Señora, ya váyase, ya vimos que dejó el dinero”. Caminé sin rumbo fijo, llorando, por en medio de la calle. Ya nunca contestaron mis llamadas. Quise poner la denuncia y estando en la procuraduría me dijeron: “Ya te vimos, aquí andas, no pongas denuncia, recuerda que tienes hijos”. Y yo no la puse. No tuve ayuda de nadie, pues las autoridades estaban coludidas.

Carlos dejó huella en la Nueva Aurora, una de las primeras colonias de mi querido Torreón (por cierto, el nombre de esta colonia me hace pensar en una virtud teologal, en un nuevo amanecer). Él era solidario con su gente, muy trabajador, y ese fue su “error”, el motivo por el que lo tuvieron en la mira.

Hoy, a través de estas líneas, quiero dar voz a aquel suceso que fue el parteaguas de la vida, de mis hijos y la mía. El grito de mi esposo desaparecido se une a la lista del mar de injusticia y de las sucias autoridades. He conocido el infierno del miedo, y ya no hay nada que me sorprenda. Hoy puedo decir que la única fuerza fue la que mi Padre Dios me dio para salir adelante, y un refugio muy poderoso: el arte, que me ha dado satisfacciones como ser humano. La vida sigue y guiando a mis hijos me dispongo a disfrutarla minuto a minuto.

## ÍNDICE

### **Allende y Piedras Negras**

Historias que no pedimos: un retablo parcial en torno a eventos de desaparición forzada en Coahuila.

Julián Herbert .....	7
Entre las cosas de mi hermano	
Juan Vega Rodríguez .....	11
Para mí, ver la playera de Jaime	
San Juana Rodríguez Agüero .....	12
Tráiler de Rodolfo Sánchez Robles	
Yolanda Moreno Castillo .....	13
Mi esposo, Víctor Morales González	
Marta Patricia Casillas Castillo .....	14
Mi prenda favorita	
Maricela Rodríguez Castillo .....	15
La silla	
Rosy Zamarripa Castillo .....	17
10 de julio de 2013	
María H. Rivas Rodríguez .....	18
Desaparecido	
Juan Humberto Morales Ramírez .....	19
Laura Patricia Martínez Coronel	
Claudia Patricia Coronel Martínez .....	21
Mi experiencia ante la autoridad	
Maricela Rodríguez Castillo .....	22
Relación con la autoridad	
Mónica Zamarripa Enríquez .....	23

Siendo parte de esta misma humanidad	
Rosy Zamarripa Castillo .....	25
Relación hacia el tema de desaparecidos	
Ma. Félix Melchor Melchor.....	26
Ayer hace dos meses	
Camerina Mariano Juan.....	27
Mi percepción de la sociedad	
Juany Escobedo .....	28
A nueve años de la desaparición.....	29
Mi experiencia con la autoridad	
María H. Rivas Rodríguez .....	30
Las autoridades no apoyan en nada .....	32
En recuerdo de mi amado hijo	
Ma. Félix Melchor Melchor.....	33
En 2010, Saltillo	
Rosy Zamarripa Castillo .....	34
Mi experiencia ante la sociedad	
Maricela Rodríguez Castillo .....	36

## **Torreón**

Sobre el dolor sin orillas	
Jaime Muñoz Vargas .....	38
Testimonio de Martha Alicia Sinecio Arellano.....	42
Testimonio de Norma Patricia Albino Mendoza.....	49
Testimonio de Alma Gabriela Álvarez Melchor.....	63
Testimonio de Juana Isabel Barraza Cardiel.....	71
Testimonio de Yadira Fernández Gutiérrez.....	78



*Historias que no pedimos*  
se terminó de imprimir  
en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares